

XXVI Conferencia Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja

EDITORIAL

REFLEXIÓN ACERCA DE LA XXVI CONFERENCIA INTERNACIONAL

La XXVI Conferencia Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja fue, sin lugar a dudas, todo un éxito. Este acontecimiento, aguardado con una mezcla de esperanza y de recelo por nuestro Movimiento, permitió, ante todo, resolver una duda que atenazaba a muchos de nosotros: todavía es posible organizar con éxito este encuentro único en el mundo y perpetuar una tradición más que centenaria.

Este éxito indiscutible se basa en varios elementos:

- una participación que ha confirmado la universalidad de la Conferencia, con más de 1.200 delegados en representación de 143 gobiernos, 166 Sociedades Nacionales, el CICR, la Federación Internacional y 68 observadores;
- la aprobación, por consenso, de todas las resoluciones, incluidas las recomendaciones del Grupo Intergubernamental de Expertos constituido tras la Conferencia Internacional para la Protección de las Víctimas de la Guerra;
- la calidad de las resoluciones, que constituyen un sólido cimiento para afianzar el derecho internacional humanitario y desarrollar la acción del Movimiento en el mundo;
- la participación de las Sociedades Nacionales en los debates y en la negociación de las resoluciones, a la altura de la de los gobiernos.

Así pues, esta Conferencia ha fortalecido, indudablemente, la posición del Movimiento en el mundo y su liderazgo en el ámbito del derecho internacional humanitario.

El reto de lograr que, durante la Conferencia, reinase el espíritu de nuestro Movimiento y se respetasen sus principios fundamentales se superó muy satisfactoriamente. Es cierto que se produjeron algunos «resbalones» a ese respecto, pero fueron los menos. Las intervenciones

en las Comisiones fueron muy positivas. Aunque a veces difíciles, las negociaciones del Comité de Redacción se caracterizaron siempre por la voluntad de resolver los problemas. Es evidente que se comprendió perfectamente el mensaje, transmitido durante la etapa preparatoria, de que la Conferencia no era un lugar de enfrentamiento. El hermoso y sobrio acto de inauguración contribuyó, sin duda, al igual que los discursos de los presidentes del CICR y de la Federación Internacional en la primera sesión plenaria, a infundir a la Conferencia un espíritu humanitario.

Por último, la Conferencia fue un factor de cohesión para el Movimiento debido a la excelente colaboración entre el CICR y la Federación Internacional, tanto durante la Conferencia como en su preparación, y también a la participación activa de numerosas Sociedades Nacionales.

Desde luego, ese éxito no llegó por sí solo y debemos rendir un justo homenaje a sus principales artífices:

- primeramente, a la presidenta de la Conferencia, que supo, con serena autoridad y buena voluntad, granjearse la simpatía de todos y allanar las dificultades;
- a los excelentes vicepresidentes, que la secundaron eficazmente en su ardua tarea;
- a los presidentes y los relatores de las Comisiones, que afrontaron su delicado cometido con gran competencia y tacto;
- al presidente del Comité de Redacción, magníficamente respaldado por su ayudante, que tuvo que recurrir a todo su saber y experiencia para obtener, gracias a una acertada combinación de amabilidad y de firmeza, el consenso para todas las resoluciones;
- al secretario general de la Conferencia, que se empleó a fondo, con tanta persuasión como afabilidad, para evitar cualquier eventual obstrucción en este gran aparato;
- a todo el personal administrativo encargado de la seguridad, las traducciones y la interpretación, que trabajó día y noche para aportar su indispensable contribución al éxito de la Conferencia;
- al personal del CICR y de la Federación Internacional, que trabajó con ahínco para que el engranaje funcionase correctamente y sin trabas.

Ahora bien, el éxito de la Conferencia no se construyó solamente durante su celebración. Fue también fruto de los esfuerzos desplegados en la etapa preparatoria, bajo la égida de la Comisión Permanente. A ese

respecto, hubo varias experiencias positivas que convendría tener en cuenta para la próxima Conferencia.

- La importante labor de un grupo de embajadores, constituido con más de un año de antelación, en la resolución de los problemas políticos: dicho grupo tomó muy en serio su tarea y merece todo nuestro agradecimiento. Resultó ser un apoyo indispensable para superar las dificultades relacionadas con la participación de ciertos Estados o entidades;
- la elaboración de informes sustanciales y bien redactados, pero relativamente breves y limitados;
- la organización de consultas a fondo con los gobiernos y las Sociedades Nacionales acerca del orden del día y, ulteriormente, de los proyectos de resoluciones de la Conferencia. A pesar de la gran habilidad del presidente del Comité de Redacción, la brevedad de la Conferencia no habría permitido la aprobación de resoluciones por consenso sin esas consultas previas;
- la temprana designación de un diestro comisionado de la Conferencia encargado de coordinar las relaciones entre el país anfitrión y los organizadores, así como de contribuir activamente a la preparación práctica y política de la Conferencia;
- la constitución de un grupo homogéneo de personas competentes y representativas de todo el mundo para desempeñar los cargos de la Conferencia.

En pocas palabras, la Conferencia fue un éxito que se consiguió a lo largo del tiempo y que nos satisface plenamente.

No obstante, no debe embargarnos la euforia, por varias razones.

En primer lugar, se hubieran podido mejorar algunos aspectos organizativos; por ejemplo, el procedimiento de elección de la Comisión Permanente, para la que es indispensable encontrar un procedimiento más rápido y sencillo.

En segundo lugar, hay que destacar que el éxito de un acontecimiento como éste depende, a pesar de todo, de la suerte, por lo que es aleatorio. A ese respecto, resaltaremos, en especial, que numerosos Estados se opusieron a la participación de la República Federal de Yugoslavia, que había sido invitada como Estado Parte en los Convenios de Ginebra, por lo que dicha República prefirió abstenerse de participar en la Conferencia antes que provocar incidentes que hubieran podido perturbar gravemente el desarrollo de ésta.

Por otro lado, cabe preguntarse, de cara al futuro, si podemos permitirnos realmente dedicar tan poco tiempo a un foro que reúne a tantas personas. En este caso, la presión producida por la escasez de tiempo estaba en el límite de lo soportable y, por consiguiente, hay que estudiar de nuevo esa cuestión, sabiendo que muchas Sociedades Nacionales no desean prolongar demasiado una estancia ya larga debido a las reuniones del Movimiento que preceden a la Conferencia.

Sin embargo, aparte de esos puntos, nos preocupan dos cuestiones:

¿Posibilitó este acontecimiento la movilización real del público en las diversas partes del mundo?

No olvidemos que uno de los principales objetivos de la Conferencia era situar a las víctimas en un primer plano y movilizar al público en su favor. ¿Se logró en todo el mundo? Sería interesante hacer un balance en este ámbito y conocer, en especial, el análisis de las Sociedades Nacionales que se esforzaron por «dar la palabra a las víctimas».

La segunda pregunta es aun más fundamental y no es posible responder rápida ni fácilmente. Preocupa a todos los que colaboraron en el éxito de la Conferencia: las resoluciones aprobadas por ésta, el impulso humanitario que haya podido proporcionar, ¿servirán realmente para mejorar la suerte que corren las víctimas de la guerra y todas las personas vulnerables a las que nuestro Movimiento quiere ayudar? Ciertamente es que muchas resoluciones abren nuevos caminos, especialmente en el ámbito de las medidas que hay que tomar a nivel nacional, pero no podremos hablar de éxito a no ser que se cumplan las promesas y se transformen en actos concretos.

Mientras conversábamos en Ginebra, mujeres, niños y hombres eran víctimas de las peores afrentas; otros, perdían la ilusión al arriesgar su vida en situaciones inextricables y desesperantes ..., no podemos ignorarlo.

Podemos, y debemos, congratularnos sinceramente por el éxito de la Conferencia, pero recordando que no es un fin, sino un trampolín que debe permitirnos ir más lejos, subir más alto, acercarnos más aun a las víctimas. Debemos aprovechar sin tregua ese impulso: ¡no cabe el reposo cuando se trabaja en el ámbito humanitario!

Yves Sandoz

*Director de Doctrina, Derecho y
Relaciones con el Movimiento*